

doso de mi reputacion literaria. ¡Gran cosa perderia si la perdiera!

Algo más que apuntes incompletos y que artículos improvisados de periódico merece el asunto, y algo más queria hacer yo; pero la suerte no lo ha querido.

México, 22 de Junio de 1871.

ANSELMO DE LA PORTILLA.

CAPITULO PRIMERO.

BOJEADA SOBRE LA HISTORIA DE AMÉRICA.

El descubrimiento.—Hazaña de Cristóbal Colon.—La religion, la belleza y el valor.—Oportunidad del acontecimiento.—Situacion de Europa y de las otras partes del mundo.—Asombro que causó la noticia.—Cómo era el Nuevo Mundo.—Habitantes de las islas.—Habitantes y regiones del continente.—Atractivos de la América para los hombres de Europa.—Recuerdos de las primeras colonias europeas en el Nuevo Mundo.—Parte principal que toca á España en aquellas empresas.—La independencia de las colonias inglesas.—Washington.—Prosperidad y grandeza de la nueva República.—Refugio de los desgraciados de Europa.—Independencia de la América española.—Recuerdos que conservan de sus padres los descendientes de los ingleses y de los franceses en América.—Absurdos que sobre esto existen en algunos individuos de la América española.—Los indios.—Diferencia de la suerte que tuvieron en las colonias de Inglaterra y en las de España.

EL siglo XV presenció uno de los mas grandes acontecimientos de la historia, uno de los mayores beneficios de la Providencia, y el triunfo mas glorioso del genio humano. Cristóbal Colon descubrió la América en 1492, y esta hazaña hizo de él la figura mas bella y mas grandiosa de los siglos.

El inmortal descubridor se habia dirigido á los reyes, á los sabios y á los pueblos de su tiempo, diciéndoles que habia un mundo al otro lado de los mares, y pidiéndoles ayuda para ir á descubrirle. Todo habia sido en vano: los reyes le habian rechazado como á un pretendiente importuno, los sabios como á un ignorante, los pueblos como á un loco. Se dirigió despues al guardian de la Rávida y por su medio á la gran reina de Castilla, y estos le protegieron, realizándose al fin la gloriosa empresa por los esfuerzos unidos de un fraile, una mujer y un marino. Fray Juan Perez de Marchena, doña Isabel la Católica y Cristóbal Colon son las primeras figuras de ese cuadro magnífico é inmenso, donde la sublimidad de la poesía corre parejas con la majestad de la historia; y en las páginas de esta brillarán como refulgentes antorchas esos tres nombres inmortales, asociados al descubrimiento del Nuevo Mundo.

De este modo, la América es hija de la religion, de la belleza y del valor, porque estos tres elementos fueron los que se combinaron para descubrirla. ¹ ¡Bello origen de estas espléndidas regiones, destinadas por Dios á ser mansion de la libertad y último teatro de la civilizacion cristiana!

Desde que Cristóbal Colon regresó al mundo antiguo con las pruebas de que habia un mundo nuevo, el hombre encontró estrecha é incómoda su vie-

¹ Mc Gee.—*Irish settlers in America.*

ja morada, y lanzóse á la nueva, seducido por su espléndida hermosura, con todo el arder con que corren en pos de la dicha los corazones fogosos.

Fué aquello una especie de redencion del mundo civilizado, porque este se hallaba reducido á la Europa, y sus habitantes no cabian ya en ella. El Asia y el Africa habian vuelto á la barbarie, y el islamismo asociado con las sectas gentílicas, habia cerrado las puertas del Oriente al resto de la tierra. Las razas de Sen y de Chan hollaban con planta indiferente los monumentos de la civilizacion antigua en la cuna del género humano; y entretanto, los hijos de Japhet, el pueblo escogido de la nueva civilizacion, se agitaban atormentados por sueños de ventura y de gloria, en un puñado de tierra donde ya no cabian su saber, su genio, su ambicion y sus esperanzas.

Solo Dios sabe lo que habria sucedido á fines del siglo XV y principios del XVI, si no se hubiera abierto entonces un vastísimo teatro á la ferviente actividad de los sentimientos y de las pasiones que hervian en el seno de la Europa. Aquellos reyes y aquellos pueblos, sedientos de poder, de fama y de placeres, ¿dónde habrian encontrado alimento á sus inmensas ambiciones? ¿Qué habrian hecho los fieros castellanos de Isabel y de Carlos V, despues de arrojar á los moros de Granada y de llevar triunfante su pendon por media Europa, si se hubieran visto condenados á la ociosidad tras de una guerra de

ocho siglos? ¿Qué habrían hecho los franceses de Francisco I y de Luis XIV despues de sus guerras de Italia y de Alemania, los ingleses de Cromwell y Carlos I despues de sus tremendas revoluciones, los marinos de Venecia, Génova y Holanda; qué habrían hecho si no hubieran tenido una nueva region donde blandir sus armas, donde apagar sus rencores y adonde dirigir sus empresas?

No hay duda: Dios llamó á Colon en su dia y en su hora, como llama siempre á los instrumentos de sus altos designios, y el descubrimiento de la América se verificó á tiempo para salvar la civilizacion que tal vez peligraba. Extinguida su luz en las regiones de la aurora, amenazada de consumirse por su propio ardor en los pueblos donde más lucia, una sombra universal iba tal vez á extenderse por la tierra, cuando el intrépido marino genovés rasgó la cortina del Océano, y aparecieron á los ojos de la humanidad, magníficas y encantadoras, las vastísimas regiones del ocaso.

Seria menester haber vivido en aquella época de espíritu caballeresco, de entusiasmo religioso y de ardor científico, para comprender todo el asombro que debió excitar el inaudito acontecimiento. La existencia de un mundo desconocido, que si tal vez había sido adivinado por los poetas¹, nunca había

¹ Conocidos son aquellos versos de Séneca en la *Medea*, que empiezan así:

Venient annis secula seris, etc.

sido ni aun sospechado por los sabios, era ya por sí solo una maravilla incomprensible; pero cuando se recorrieron los velos que la cubrían, y sus misterios se revelaron, el estupor no tuvo límites, y un trastorno universal estuvo á punto de operarse en todas las ideas científicas y religiosas recibidas hasta entonces.

El mundo nuevo era una tierra de prodigios. Comarcas deliciosas, cubiertas de eterno verdor y de eternas flores, eran la mansion de una raza de hombres diferentes de todas las razas conocidas. Climas dulces, sin los rigores del invierno ni del verano, reinaban perpetuamente en aquellas tierras fecundadas al calor de un aire tibio y voluptuoso, ó refrescadas al soplo de suaves brisas impregnadas de aromas. Pájaros de espléndido plumaje trinaban en aquellas selvas saludando á una primavera sin fin, mientras que en el fondo de los valles murmuraban los arroyos, mezclando su murmullo con el rumor de las ondas marinas, que besaban amorosamente aquellas risueñas playas. Y todo esto, las selvas y los valles, las playas y las ondas, bañado de una luz apacible cual nunca la vieron ni la imaginaron los mas inspirados artistas.

Aquello era un remedo del perdido Eden: y para completar la semejanza, y con ella el asombro de las gentes, los moradores de aquellas tierras afortunadas vagaban desnudos por los floridos campos, ó reposaban indolentemente á la sombra de sus flo-

restas, sin curarse de trabajar porque los frutos de sus árboles les servían de alimento, y sin ruborizarse de su desnudez porque no tenían malicia, como en los tiempos de la primitiva inocencia.

Tales aparecieron á los ojos de Cristóbal Colon y de sus compañeros las primeras tierras que encontraron en el Nuevo Mundo, las islas; y tales las pintaron en sus relaciones, realzando los colores del cuadro la imaginacion poética de aquellos héroes, inflamada con la presencia de tantas maravillas.

Nuevas y diferentes impresiones aguardaban al hombre civilizado en el interior del nuevo continente. A medida que avanzaba por él, las magnificencias de una naturaleza colosal venían á confundirle y deslumbrarle. Ya no eran cuadros apacibles y tiernos de climas dulces, de flores eternas y de gentes desnudas, que le recordaban el paraíso con sus inocentes moradores; eran espectáculos grandiosos y sublimes, los que embargaban su espíritu y le anonadaban. Montañas altísimas coronadas de nieve, levantaban sus crestas por encima de las nubes en medio de los trópicos: ríos inmensos que nacían entre los hielos del polo, iban á derramar sus aguas en los mares del ecuador: vastísimas llanuras de horizontes inconmensurables, se abrían entre las majestuosas cordilleras: lagos que parecían mares, adornaban, como los espejos de un salón, aquellas encantadas regiones. Y había en ellas pueblos altivos y guerreros, agrícolas ó pastores, que tenían su

organizacion social, su gobierno, sus leyes, su cultura: y había imperios poderosísimos, cuyos soberanos habitaban palacios de oro, mas vastos, mas suntuosos y soberbios que los de los monarcas orientales.

Era de veras aquello el nuevo mundo: nuevo por su historia y sus tradiciones, nuevo por sus climas y sus productos, nuevo por las circunstancias y accidentes de su suelo, nuevo por las costumbres y el estado social de sus habitantes; nuevo en fin, porque se abría entonces por primera vez á la explotacion y al trabajo, no menos que á la admiracion del mundo antiguo.

Desde entonces fué la América un irresistible imán para los hombres de la Europa y un refugio siempre consolador para los que en ella no cabían. Los guerreros volaron allá en pos de peligros y de aventuras, y encontraron la gloria: la Religión encontró allí un vastísimo campo donde extender sus bienhechoras conquistas; la ciencia un teatro inmenso de curiosas investigaciones; la poesía una fuente de inspiraciones inagotable; las artes un tesoro de infinitas bellezas; el comercio y la industria el trono que ocupan hoy como reyes del mundo moderno; la pobreza y la desgracia tierras fecundas rebosando de abundancia y de placeres.

A fines del siglo XV ya los compañeros de Colon, Alonso de Ojeda, Martin Pinzon y otros, habían recorrido las costas orientales de la América del

Sur, fundando en ellas las primeras colonias castellanas. Con Ojeda habia ido Américo Vespucio, que mas letrado que su propio gefe y mas afortunado que el gran descubridor, dió su nombre al nuevo continente.

En 1496 los ingleses con Juan y Sebastian Cabot arriban á las costas de la América del Norte, pero no hacen mas que saludarlas, y regresan á su país sin dejar ningun establecimiento en ellas.

Mientras que los marinos españoles exploran los mares del Nuevo Mundo, Vasco de Gama dobla con los portugueses en 1498 el Cabo de Buena Esperanza, y descubre una ruta ignorada para ir al mundo antiguo.

Pinzon descubre el Brasil, y poco despues, en 1500, Alvarez Cabral es arrojado por una tempestad desde las costas europeas hasta las de aquel inmenso territorio, y funda en él las primeras colonias portuguesas.

En 1501 Ponce de Leon va en busca de la fuente milagrosa que restauraba la perdida juventud, y es el primer europeo que contempla los amenos campos de la Florida.

En 1513 Vasco Nuñez de Balboa descubre el mar del Sur, y él y Pedrarias y Valdivia y otros ciento fundan colonias en el centro del continente americano.

En 1520 Magallanes cruza el estrecho que desde entonces lleva su nombre, y poco despues su

compañero Sebastian de Eleano, que habia salido de España rumbo á Occidente en su carabela *Victoria*, sigue avanzando por el inmenso Océano, y vuelve á las playas españolas por el Oriente, dando así, el primero, la vuelta al globo.

En 1521 Hernan Cortés escribe con su espada una historia admirable, que al mismo tiempo que historia, es la mas grandiosa epopeya de los tiempos modernos. Los aztecas luchan como leones, y son vencidos: los templos de sus ídolos se derrumban: su inhumano dios de la guerra huye delante del Dios de la paz y de la misericordia: el imperio de Anahuac muere, y la Nueva España nace, tan bella, tan graciosa y tan gallarda, que ha de rivalizar con la España antigua.

En 1534 Pizarro, no menos valeroso aunque no tan cabal como el héroe de México, acaba otra empresa terrible al otro lado de los Andes; empresa admirable tambien por las hazañas que la engrandecieron, aunque triste de contemplar algunas veces por las escenas de sangre que la mancharon. En vano los Incas luchan valerosamente contra su destino: sus templos del Sol se desploman; sus sacerdotisas huyen, su imperio desaparece, y el Perú se hace español y cristiano.

En 1539 Hernando de Soto invade la Florida y encuentra razas indómitas que le atajan el paso y diezman su gente; pero él avanza impávido hasta el Mississippí, en cuya orilla le sorprende la muer-

te. Sus compañeros le sepultan en el gran río, y despues descenden por él en un pequeño barco, casi en una balsa; salen al mar, navegan hácia el Occidente, y llegan á Pánuco en 1543.

En 1565 Pedro Melendez establece las primeras colonias permanentes de la Florida, y funda á San Agustín, la ciudad mas antigua de los Estados- Unidos, que aun está en pié con sus torres y campanarios, sus edificios españoles y sus nombres de Castilla, para testificar quiénes fueron los primeros que levantaron ciudades en lo que es hoy la República de Washington.

A fines de aquel siglo, el emprendedor Raleigh, el valeroso Smith, White y otros ingleses fundan las primeras colonias de Virginia, sin que faltára en ellas la poesía del valor y de los amores, como lo atestigua la encantadora figura de Pocahontas, la inocente india salvaje enamorada de Smith, que fué la doña Marina de las colonias inglesas.

En 1608 Champlain y sus compañeros fundan la primera colonia francesa del Canadá, la Nueva Francia.

En 1609 Hudson explora el río de su nombre, y gana para su país el territorio que se llamó Nueva-Holanda.

Por fin, en 1620 llegan los Peregrinos á la roca de Plymouth, y echan los cimientos de la Nueva-Inglaterra.

Vemos por este rapidísimo recuerdo de las em-

presas colonizadoras del Nuevo Mundo, que un siglo despues de descubierto, ya estaban representadas en él casi todas las nacionalidades de Europa. Habia una Nueva-España, una Nueva-Inglaterra, una Nueva-Holanda y una Nueva-Francia. Las dos últimas sin embargo se acabaron pronto, y solo quedaron las dos primeras. A España tocó siempre la mayor parte de tierra, de peligros, de hazañas y de hechos portentosos. Sus magníficos aventureros fueron entonces el pasmo de las gentes, y la cosa mas admirable de sus admirables aventuras, como dice Chateaubriand, eran ellos mismos.

Andando el tiempo, las colonias se poblaron, crecieron, se ilustraron, llegaron á su madurez, y se hicieron independientes.

Detengámonos un momento á contemplar el acontecimiento colosal que se verificó en la América del Norte á fines del siglo XVIII. Las colonias británicas levantan el estandarte de la independencia, y únense en este pensamiento, como si fueran hermanos, los descendientes de aquellos partidarios implacables que se habian destrozado unos á otros en las guerras de la madre patria: los puritanos de la Nueva-Inglaterra, los cuákeros de Pensilvania, los católicos de Maryland y los caballeros de Virginia y las Carolinas. Sin arredrarse ante el poder gigantesco de la metrópoli, todos se aprestan á la lucha. De entre ellos brota un héroe de

nueva especie, que no se parece á ninguno de los héroes conocidos de la historia; que apenas tiene puntos de semejanza con Alejandro Magno, ni con Julio César, ni menos con Napoleon su contemporáneo, y que sin embargo de esto, tiene mejores títulos que aquellos grandes conquistadores á la admiracion del mundo y á la gratitud de la humanidad. Modesto y sencillo como un patriarca, humilde y manso como un anacoreta, dulce y apacible como una mujer, Washington es bravo y fuerte como un leon, enérgico y perseverante como todos los grandes reformadores, prudente y previsor como todos los fundadores de pueblos. Bajo su direccion las huestes americanas lidian sin descanso contra los ingleses, invocando á la Providencia; y despues de una lucha de ocho años el poder británico desaparece allí. El héroe americano preside despues el primer congreso constituyente de su patria; y bajo el prestigio de su gloria y el poder de sus consejos, en el nombre de Dios, autor de las sociedades, y en nombre del derecho que ampara á los asociados, se forma la constitucion de los Estados-Unidos, obra admirable que formuló en sistema político los elementos sociales de aquel país; pero obra deslucida con una mancha indeleble, porque sancionó la esclavitud de la raza africana despues de proclamar la libertad de todos los demas hombres.

De este modo se estableció entre las selvas ame-

ricanas una República hija de la ilustracion y fundada en las costumbres, y se dió al mundo moderno el espectáculo de una democracia pacífica, la única tal vez de que hace mencion la historia, con sus virtudes austeras, con su admirable sobriedad, con su respeto á la ley, con su igualdad perfecta, con su libertad legal, con su tolerancia sin límites. Los descendientes de los puritanos de Cromwell y de los caballeros de Carlos I fueron olvidando en su nueva patria el intolerante exclusivismo de que habian sido víctimas sus padres en la antigua metrópoli, y establecióse en las leyes y en las costumbres esa tolerancia evangélica y filosófica de que habian dado ya nobles ejemplos los católicos de Maryland y los cuákeros de Pensilvania.

La nueva República creció como la espuma, y pronto llegó á ser un gigante. Los pobres, los desheredados, los perseguidos de la Europa, acudieron allá en busca de pan, de libertad y de sosiego, y todo lo encontraron en prodigiosa abundancia; y los emigrantes alemanes é irlandeses que encorvados de sol á sol sobre la tierra ingrata de sus mayores, nunca habian podido cubrir su desnudez ni saciar su hambre, apenas podian creer su dicha cuando al pisar la hospitalaria tierra de Washington, esta les abria generosamente sus tesoros, y se veían en ella libres, hartos y contentos.

Para gloria de la gran República y de nuestro siglo, la mancha de la esclavitud ha desaparecido

en ella recientemente, bien que para lavarla ha sido menester un mar de sangre.

El ejemplo de las colonias inglesas no podia menos de ser contagioso para los pueblos de la América española. No eran estos en realidad simples colonias, sino vastísimos y magníficos imperios que rivalizaban en grandeza y esplendor con la metrópoli, y ellos tambien levantaron el estandarte de la independencia á principios de este siglo.

La ocasion les fué propicia. España, que habia favorecido el levantamiento de las colonias británicas y les habia dado poderoso auxilio para emanciparse, no pudo impedir el levantamiento de las suyas ni sofocarle con las armas cuando tomó incremento. Largos años de guerras y desastres habian debilitado sus fuerzas y agotado sus recursos; y ocupada á la sazón en su lucha titánica con el gigante del siglo para defender su propia independencia, no pudo evitar que conquistaran la suya los pueblos que se le sublevaban en este lado de los mares. Habia llegado para ellos la hora: tuvieron tambien capitanes ilustres y campeones heróicos: la metrópoli abandonó por imposible la empresa de someterlos: hasta sus propios hijos se unieron con los sublevados; y por fin, en 1821 la América española era independiente.

Gloria es, que no ignominia, de las naciones europeas que fundaron colonias en el Nuevo Mundo, el haber dado el sér á estos pueblos, y los descen-

dientes de los primeros pobladores, colonos ó conquistadores, tienen á honra llevar su sangre, usar sus nombres, hablar su idioma, y conservar los rasgos distintivos de su carácter en sus leyes y sus costumbres. En el Canadá rige todavía el fuero municipal de Paris, y en la Luisiana el código de Napoleón. La lengua francesa que se habla en aquellas regiones, nunca ha servido para maldecir ni despreciar á los primeros franceses que vinieron á ellas. Los descendientes de Cartier y Champlain, de La Selle y de Crozat, nunca han tenido la extravagante ocurrencia de decir que aquellos hombres les hicieron algun daño, ni que les usurparon su tierra, ni menos han caído en el despropósito de erigirse en vengadores de sus antepasados, dando este nombre á los iroqueses ó á los natchez.

En cuanto á los habitantes de los Estados Unidos, descendientes de los pobladores ingleses, lejos de incurrir en tales despropósitos, nada es comparable al respetuoso cariño con que hablan de sus antepasados, de los Raleigh, de los Smith, de los Peregrinos, á quienes deben la posesion de su magnífica tierra.

Esos absurdos, que absurdos son mas bien que injusticias, solamente han tenido lugar en la América española. ¿Será porque aquí fué malo lo que allá fué bueno? ¿Será porque los españoles fueron malos colonos, malos legisladores, malos padres? En todo caso, no son sus hijos los que deben echárselo

en cara, ni hay asomo de razon para que los mal- digan porque vinieron, cuando á esto deben la fortuna de haber nacido en estas regiones.

La verdad es que si hubo agravio en las conquistas y en los gobiernos de América, los agraviados fueron los indígenas. Mucho lo fueron los de la América inglesa, tanto que ni quejarse pueden de manera que los entendamos, porque ni siquiera su idioma les enseñaron sus invasores, ni un momento se ocuparon en participarles algo de la civilizacion que traían.

No pasó lo mismo con los indígenas de la América española. España gobernó bien ó mal á los de aquí, mientras que Inglaterra no hizo caso alguno de los de allá, sino que dejó á sus colonos que los arrojaran á los desiertos como á bestias feroces.

En los siguientes capítulos vamos á ver que aquel gobierno no fué tan malo como lo ponderan ciertas preocupaciones de nuestro tiempo.

CAPÍTULO SEGUNDO.

LOS AZTECAS ANTES DE LA CONQUISTA.

Civilizacion y cultura de los aztecas.—Contraste con los indios de las islas.—Magnificencias de México.—Entusiastas descripciones de los conquistadores.—Probables exageraciones.—Felicidad de los pueblos y esplendor de sus monarcas, cosas distintas.—Imperfecta civilizacion de los aztecas.—Su condicion social.—Multitud de señores, de sacerdotes y de templos.—Las tierras de Anáhuac antes de la llegada de los aztecas, y despues.—Triste condicion de los "mazeguales."—Enormes tributos.—Rigor en la cobranza.—Capricho de los recandadores.—La esclavitud entre los aztecas.—Vida miserable que pasaban.—Cultivo de las tierras.—Mendigos.—Leyes civiles y religiosas.—Costumbres bárbaras.—Sacrificios humanos.—Crueldades horribles y horrendos banquetes.—Doble tiranía teocrática y civil.—Miseria de los pueblos.—Supersticiones.—Lo que revelan los grandes monumentos.

Quando los españoles vinieron á México á principios del siglo XVI, se quedaron admirados del grado de civilizacion y de cultura á que habian llegado los aztecas. Su admiracion era justa, y la expresaron fielmente en las pomposas descripciones que hicieron de la magnificencia de estas re-